

# El instrumento de conversión

Pastor: Oscar Arocha

Enero 11, 2015

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Mas Abraham le contestó: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán si alguno se levanta de entre los muertos” - (Lucas 16:31)

El contexto de este pasaje es el registro de un incrédulo rico en el infierno, y como rogó en vano que Abraham le enviara a Lázaro para refrescarlo de su tormento, además pidió que Lázaro fuera enviado a sus hermanos con el fin de advertirles sobre el angustioso destino de sus almas, si no se arrepentían de sus pecados. Ahora bien, se puntualiza que aquí no se dice que los muertos tienen cuidado de sus vidas, ni que están rogando por la salvación de otros, sino que se trata de una narración imaginaria, en la cual Cristo presenta los pensamientos de los mundanos estando en el infierno en comparación cuando estaban en la tierra. Es una parábola.

El sermón será así: **Uno**, Enfocando el Contexto. **Dos**, La excelencia de la Escrituras sobre el testimonio humano.

## I. ENFOCANDO EL CONTEXTO DEL VERSO

Mientras estuvo sobre la tierra este rico se ocupó sólo de su honor, de la vida fácil, del placer y los deleites temporales, pero no dio valor a su alma, ni tuvo el debido cuidado para escapar del infierno; vivió despreocupadamente: “Había cierto hombre rico que se vestía de púrpura y lino fino, celebrando cada día fiestas con esplendidez” (v19). Luego murió, se muda de mente, y valora el alma pero ya muy tarde: “Y gritando, dijo: “Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, pues estoy en agonía en esta llama” (v24). En el infierno su amor por el prójimo fue incrementado: “Pues tengo cinco hermanos, de modo que él los prevenga, para que ellos no vengan también a este lugar de tormento” (v28).

Ahora bien, el objetivo final de esta parábola fue introducir el diálogo entre Abraham y el rico, sobre todo cuando el patriarca le dijo: “Ellos tienen a Moisés y a los profetas; que los oigan” (v29). Sugiriendo así que los hombres tienen abundantes advertencias divinas para arrepentirse. El rico respondió: “No, padre Abraham, sino que si alguno va a ellos de entre los muertos, se arrepentirán” (v30), luego el patriarca contestó: “Mas Abraham le contestó: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán si alguno se levanta de entre los muertos” (v31). Por Moisés y los profetas entendamos el AT, que constituía las Escrituras para ese tiempo. El oírla significa,

entenderla, lo que dice, creerla y obedecerla, pues el pasaje se refiere al hecho de arrepentirse, o modificar la conducta por oír atentamente la Palabra de Dios. Permitir el ser “**persuadido.**” De otro lado, el levantarse de los muertos es regresar del mundo invisible, inmaterial, donde se ve el daño del infierno. Esto indica que las advertencias de la Palabra de Dios son más adecuadas para conseguir el fin de despertar al pecador para que se arrepienta, a que si alguien regresara del mundo de los muertos y hablara de eso.

En el pasaje, el AT no sólo es comparado al testimonio de un ciudadano del mundo invisible, sino colocado en superioridad y preferencia. De paso decimos que la exposición de las Escrituras no puede ser sustituida por el testimonio, ni siquiera de un muerto que regresó. Moisés y los profetas son más adecuados, ya que Dios en su infinita sabiduría lo ha hecho así, y es más conveniente por nuestra naturaleza humana a que cualquiera venga del cielo. El AT tiene mayor tendencia de llevar los hombres al arrepentimiento, que un muerto. Y ahora es más poderoso, ya que la vida y la inmortalidad han sido sacadas a luz por el Evangelio, antes fueron sombras de lo que había de venir, y ahora la justicia de Dios ha sido manifestada claramente, de modo que más adecuada para este fin, la conversión del hombre.

## II. EXCELENCIA ESCRITURAL SOBRE EL TESTIMONIO HUMANO

Consideremos ahora varios argumentos para probar el punto.

### **Debilidad humana o ver para creer.**

Algunos dicen: “*Si yo pudiera ver el infierno, y que hay un cielo, o si podría presenciar el dolor de los condenados, o alguno que haya ido a aquel sitio me contara, así me volvería de mis pecados y me arrepentiría y abandonara el mundo por amor a Dios. Ahora todo lo que se dice del infierno lo dice la Biblia y los predicadores, al final otros opinan que es asunto de interpretación y que no existe el infierno. Nadie lo ha visto o lo ha sentido, todo es palabras, nada de realidad. Es sólo ilusión y engaño para meterle miedo a las gentes. ¿Cómo puedo saber que hay infierno?*”; no creen a menos que alguno regrese de los muertos.

Su Método. Dios conoce nuestra naturaleza y sabe cuál es el medio más efectivo para despertar o poner en movimiento esas facultades. El está ocupado en llevarnos al arrepentimiento de manera que el que todo lo sabe, empleará el mejor y más efectivo método para eso. Si a nosotros nos permitiera escoger el método, no lo haríamos tan bien y perfecto como el Señor lo hace.

Supóngase que alguien se levante de entre los muertos para advertir a los pecadores, y les dice que vio la miseria y el tormento de los condenados, lo que sentían. Y les advierte cómo evitar esos tormentos, habiéndolo él visto o sentido. Además supóngase que confirma lo que dice, habiendo declarado que había visto el fuego del tormento, las furias de las llamas, la angustia de los demonios, y de los condenados,

todos ellos juntos, y había escuchado los gritos, las vocerías y los dolores de aquellas tristes almas. Supóngase también que lo vio y lo sintió, pudiendo expresar con palabras y acciones la dolencia de aquel triste y deprimente espectáculo de dolor, esto con toda probabilidad aterrorizaría a los pecadores, quienes no sienten temor ni miedo al leer sus Biblias, ni por la predicación acerca del infierno. Pero el impacto descansaría sobre lo inusual y extraño del asunto. Esto así, porque somos aptos para ser afectados con las cosas extrañas e inesperadas y ser aterrorizados por los espectros de la oscuridad, porque son inusuales, poco común. Pero desde que tal método se haga común y corriente como lo es la predicación del Evangelio, todo el efecto se perdería. Pudiera ocurrir que alguno se levante de entre los muertos y logre persuadir a los hombres a reformar sus vidas, más aún, nunca olvidarían tal encuentro, pero siempre basado sobre lo inusual, lo inesperado. Así ha de ser considerado este asunto. Pero la Palabra de Dios tiene más poder y credibilidad para llevar los hombres al arrepentimiento que los muertos.

### **Poder de la Palabra de Dios**

Intensidad del castigo. Nadie mejor que Dios sabe cuál es el justo castigo de los pecadores. Las almas de los que partieron de este mundo tienen entendimiento del grado de castigo que sufren los pecadores en el infierno, mucho mejor que cualquiera que esté sobre la tierra. El impío siente y sufre en carne propia tal castigo, y las almas de los santos y los ángeles presencian cómo Dios es glorificado al aplicar justicia; más aun, el agradecimiento de ellos sube de tono al apreciar de lo que fueron librados. Como el rico vio a Lázaro, así Lázaro. Abraham y los demás vieron al rico en el tormento del infierno. Este hombre que nunca pensó, ni se dedicó a Dios deseaba que Lázaro viniera a él y luego fuera enviado a sus hermanos, para que fueran advertidos del peligro a que se estaban exponiendo. Lo que se desea llevar a su mente es que el rico sintió en su propio ser el castigo, de ahí su marcado interés.

Es cierto que los condenados conocen muy bien el castigo, que también es presenciado por los santos y los ángeles, pero quién mejor lo conoce y ante quién nada hay oculto es Dios. El Creador conoce todas las cosas, y entre esas el infierno mejor que toda criatura; nada en la creación ni fuera de ella le es oculto, de manera que el mejor y más eficaz medio para persuadir los hombres al arrepentimiento es Su Palabra: **“Si subo a los cielos, he aquí, allí estás tú; si en el Seol preparo mi lecho, allí estás tú” (Salmos 139:8).** De modo que Dios no sólo ve el estado miserable de aquellas almas en condenación, sino también el sentimiento en lo más profundo del corazón de los difuntos, la angustia y el lamento.

Testimonio divino. Dios conoce la ira de su furia que los impíos soportan en el infierno, el grado del castigo, cómo y hasta dónde Su ira, que es fuego consumidor, se introduce hasta lo último de aquellos seres que por querer disfrutar sólo y únicamente los deleites del pecado, rechazaron el don de Dios y ahora sufren lo indecible del tormento del infierno. Nadie puede describirlo mejor que Dios, ni que uno se levante de los

muestrados. Es más fiel el original que una copia. El sabe mejor que nadie el castigo del pecador: “En llama de fuego, dando retribución a los que no conocen a Dios, y a los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús” (2 Tesalonicenses 1:8). Se pudiera levantar cualquiera de entre los muertos y testificar acerca del infierno, y dicho testimonio, a menos que esté respaldado por el testimonio divino, debe ser considerado con sospecha, cuando no se crea que es un engaño: “Es imposible que Dios mienta” (Hebreos 6:18). Las Escrituras mandan a que todo lo que provenga del mundo invisible sea cuestionado o puesto sobre la mesa de juicio: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus para ver si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido al mundo” (1 Juan 4:1). En cambio el testimonio divino es incuestionable; no hay tinieblas en Dios, y El no puede ser engañado, ni engaña a nadie.

Autoridad divina. Las advertencias de la Palabra de Dios tienen la enorme ventaja de seguridad, por razón de la grandeza de quien habla. Las declaraciones de los que están en autoridad, en excelencia y honra, tienen la ventaja de ser más creídos que quienes tienen menos. El caso del Presidente, cuyas palabras son tomadas con inusitado interés, debido precisamente a su investidura. Las cosas habladas por un rey afectan más las actividades de un país que la de cualquier otro ciudadano. Dios es mayor que todos los presidentes; El es universal, rey de los cielos y la tierra, el Soberano absoluto. Esto significa que tiene mayor tendencia de sacudir el corazón de los hombres y moverles su voluntad. Lo mismo se puede sacar de la parábola del dueño de la viña: “Finalmente les envió a su hijo, diciendo: “Respetarán a mi hijo” (Mateo 21:37). Si Dios enviara mensajeros de las almas muertas en orden sucesivo, al final vendría Su Hijo, cosa que precisamente El ha hecho, pues las palabras de advertencias en este capítulo (Lucas 16), son de la boca del Hijo de Dios, quien vivió entre nosotros, enseñando y advirtiéndonos de la terrible condenación del infierno.

En el AT tenemos relatos de Dios hablando por medio de los profetas, por Su propia boca y en medio de la zarza y de la oscuridad del Monte Sinaí. Pero será más convincente que hable a través de la boca de un espíritu con cuerpo, o que hable Dios mismo vestido de carne con su propia boca. Dios descendió del cielo para advertir a los hombres del castigo del infierno.

La Salvación. En los asuntos de esta tierra y sobre todo en asuntos de estado, cuando el presidente se ocupa de manera personal sobre algo, significa que es de gran importancia. No es lo mismo cuando envía un representante oficial, que si lo hace de forma personal. De cierto que es de altísima importancia cuando Dios mismo se ha ocupado de manera personal en la salvación de los hombres. La abundancia de palabras que contiene la Biblia están concentradas en nuestra salvación. Entiéndase por salvación el evitarle el camino al infierno. Dios no puso tal advertencia en manos de uno que tome cuerpo y regrese del otro mundo; no, El mismo se ha ocupado: “Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas” (Hebreos 1:1).

El Señor es infinitamente sabio y conoce mejor al hombre, por lo que puede persuadirlo más efectivamente que si uno levantase de los muertos. El nos hizo, conoce nuestra naturaleza, gustos, y debilidades; sabe mejor que nadie qué palabra o qué pasaje de las Escrituras es mejor o más adecuado para despertar los pecadores. El método escogido fue en Su infinita sabiduría: “El que puso el oído, ¿no oírás? El que formó el ojo, ¿no verá?” (Salmos 94:9).

*Hoy vimos la explicación del versículo. Y varias razones de la excelencia de las Escrituras sobre el testimonio humano: La debilidad humana para creer, la intensidad del castigo en el infierno, el testimonio y la autoridad divina, y el amor de Dios por la salvación del hombre. Estas razones dicen que las advertencias de las Escrituras tienen más efectividad en llevar al arrepentimiento, a que uno se levante de entre los muertos.*

## APLICACIÓN

1. **Amigo: Estas palabras no fueron dadas para aumentar el conocimiento, sino para mover tu voluntad hacia la salvación del alma.** La conclusión natural es que si los medios establecidos por Dios no guían los hombres al arrepentimiento, lo seguro es que ningún otro método lo hará: “Mas Abraham le contestó: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán si alguno se levanta de entre los muertos”; esto es, hay un único medio, la Palabra de Dios. La idea del hombre rico es un error. Si alguno se levanta de los muertos no llenará el propósito. Tampoco un terremoto podrá llevarte al verdadero arrepentimiento y que mientras estés sobre esta tierra te quedes arrepentido.

Hay quienes piensan que si hubiese más profetas como los del AT, o más milagros, tal vez despertaría más los pecadores para que se arrepientan, no obstante el pasaje dice que no hay otro método que no sea a través de la Palabra de Dios. En tiempos del profeta Elías, y del profeta Eliseo, se realizaron multitud de milagros y aun así los judíos caminaron de espaldas a Dios, y Elías llegó a pensar que el único Creyente era él. Lo mismo en tiempos de Jeremías, quien anunció el futuro inmediato con lujo de detalles acerca de la destrucción de Jerusalén, ellos vieron el cumplimiento de la profecía y ni aún así se arrepintieron: “Ni el rey ni ninguno de sus siervos que oyeron todas estas palabras tuvieron temor ni rasgaron sus vestiduras” (Jeremías 36:24). Donde no se predique la Palabra de Dios, no puede haber arrepentimiento: “La fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo” (Romanos 10:17). Los milagros no producen arrepentimiento. Los judíos en el desierto vieron multitud de milagros y escucharon la sublime voz del Altísimo sobre fuego y humo en el monte y la mayoría de ellos quedaron muertos en el desierto, para que la tierra no fuese contaminada con su incredulidad: “Vemos, pues, que no pudieron entrar a causa de su incredulidad” (Hebreos 3:19). Muchos aseguran, que si hubiesen visto a Cristo sobre la tierra, oído su voz y presenciado Sus milagros, se arrepentirían. Eso no es verdad. La Biblia está llena de historias que demuestran fuera de duda, que si los hombres no se arrepienten por la palabra de Dios, no hay otro método para lograrlo.

Hace unos años hubo un terremoto en esta región, o que muchas personas se sintieron en la misma puerta del infierno, se llenaron de dudas y miedo ante el terror de la muerte, pero tan pronto como se recuperan olvidan, y continúan en su mismo camino de pecado. Otros hacen promesas, las cuales olvidan con la misma facilidad con la que olvidaron la enfermedad.

**2. Amigo: Esto es prueba irrefutable de la terrible dureza de tu corazón.** Sabemos que la Palabra de Dios no te ha influenciado, tú no lo has permitido. Tú has oído y entendido que si estos medios no te han persuadido, ningún otro podrá hacerlo. Aun si un pariente o conocido tuyo se levante de los muertos y te diga que estuvo en el otro mundo. Tu reciente experiencia con el terremoto te sacudió, miedo se apoderó de tu conciencia, y ni aun así te has arrepentido. Tu corazón es muy duro.

Ahora tú tienes la Biblia. Tienes la verdad divina completa, más clara y explicada que el AT. La guardas en tu casa y puedes leerla cuando te plazca, la cosa es más fácil, sin embargo tu corazón es cada día más duro y mundano. Aprovechate, tú no sabes cuándo serás privada de ella. Oye esto: “¡Oh, Si tú también hubieras sabido en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos” (Lucas 19:42).

AMÉN